

# *Obra política menor de Joaquín Costa\**

POR  
ALBERTO GIL NOVALES

Bajo el título *Obra política menor* pretendemos realizar una presentación de la producción costiana de contenido político no incorporada por su autor a ninguno de sus libros. Política en sentido estricto, sin adjetivos, es decir, que queda fuera de nuestro intento todo lo que se refiera a la política económica, educativa, colonial, científica, religiosa, etc., que puede y debe ser objeto de un tratamiento aparte.<sup>1</sup> En este caso nuestro criterio será, sin embargo, amplio: daremos entrada a las ideas matrices y a todo aquello que dé más luz a la gestación y desarrollo de las concepciones políticas de nuestro autor.

Y, de entrada, ¿qué entendemos por política? Como Costa no fue nunca gobernante, no podemos pensar al hablar de él en los actos de gobierno, sino tan solo —y es mucho— en sus ideas e iniciativas para influir en la marcha del país. Podríamos recurrir a la polis aristotélica, pero tal como se presentaba en el siglo XIX, que es en definitiva el siglo de Costa. Las grandes revoluciones de Francia, 1789, 1830, 1848, forman el pasado inmediato que va a articular, positiva o negativamente, todo el discurrir de nuestro pensador. Yendo a la etiología de las ideas, la revolución de 1830 marca el triunfo de la política y su apropiación en Francia por la burguesía triunfante. Con Luis Felipe, la política está integrada por “las reglas, las decisiones, las acciones que conciernen a las comodidades burguesas, a sus privilegios basados en la propiedad, a sus conveniencias cívicas”. En el concepto de política entra “el censo, las cámaras, el rey, es decir todo lo que reglamenta las relaciones de los miembros de la sociedad, en tanto que gobernantes y gobernados”. Lo social tiene que ver con el pueblo, algo que en la estructura luisfelipisca no tiene cabida, porque no es propietario. Pero llega 1848 —ya había nacido Costa, aunque solo tenía dos años— y el pueblo reclama su entrada en la ciudad ideal: la caída de la monarquía, asunto político, es al

---

\* El presente artículo constituye mi introducción al libro, en fase de preparación, Joaquín COSTA: *Obra política menor*, que será publicado próximamente por el Instituto de Estudios Altoaragoneses y el Centro de Estudios Constitucionales.

<sup>1</sup> Para la obra agraria de Costa cf. Cristóbal GÓMEZ BENTO y Alfonso ORTÍ BENLLOCH: *Estudio crítico, reconstrucción y sistematización del corpus agrario de Joaquín Costa*, Huesca, Fundación Joaquín Costa – Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1996.

mismo tiempo una revolución social.<sup>2</sup> Claro que en la primera revolución, la del 89, estaba ya en germen todo este desarrollo, y en España una serie de publicaciones, pro y contra, se encargará dramáticamente de subrayarlo.<sup>3</sup>

Después de aquella fecha, es decir, siempre, lo político en Costa va a estar ligado con lo social, las conquistas del liberalismo con la situación del pueblo. O, por mejor decir, el reflejo en España de todas estas cuestiones. Este es el pasado del que parte Costa, el pasado desde el que va a pergeñar sus ideas, a fin de reobrar sobre su entorno español. En este sentido su acción gira en torno de esa idea medular de revolución, unas veces explícitamente, otras no tanto, pero siempre le vemos superarse a sí mismo, vencer sus dudas y sus cuitas, hasta que el pesimismo le anonada. E incluso entonces, cuando ya no confía en nada y prácticamente en nadie, de repente, próximo ya a la tumba, resurge el viejo Costa, luchador y justiciero.

Pero hay una cuestión previa: en 1868, fecha del manuscrito *Sistema de gobierno español. Confederación ibérica* (Archivo Histórico Provincial de Huesca, Papeles Costa, caja 104, carpeta 105.25), Costa es ya un liberal, un hombre plenamente convencido de la necesidad de superar el Antiguo Régimen para que pueda florecer el sistema representativo. Que este no sea auténtico, que se aparte de la misión para la que en teoría fue creado, es un problema agudísimo al que el montisonense va a dedicar sus más denodados esfuerzos. No es esto, sin embargo, lo que ahora quiero considerar, sino cómo se lleva a cabo esa superación del Antiguo Régimen. Observemos que el principio del fin de esa etapa histórica había ocurrido en Francia en 1789, y en los demás países europeos unos años después. Costa trata esta cuestión actualizándola, es decir, no como el historiador que reconstruye el curso de los acontecimientos pasados, sino como el general que se prepara para la batalla. Quiere la revolución, que a finales del siglo XIX será siempre la de un 1789 español, y al mismo tiempo no la quiere. Esta contradicción, unas veces sí, otras veces no, es solo aparente, porque deriva de otras dos ideas básicas. Establece por una parte que la revolución es necesaria, el tramonto del Antiguo Régimen, pero no la violencia revolucionaria: las ideas de la Ilustración, unidas a la evolución de las costumbres, producirán el triunfo del Nuevo Régimen, la revolución tan deseada, sin que haya sido necesario el recurso a la violencia física.<sup>4</sup>

---

<sup>2</sup> Cf. Maxime LEROY: *Histoire des idées sociales en France, I. De Montesquieu à Robespierre*, Paris, Gallimard, 1946, pp. 12-13.

<sup>3</sup> Cf. mi trabajo "Repercusión de la Revolución francesa en España (1835-1889)", en Jean-René AYMES, (ed.): *España y la Revolución francesa*, Barcelona, Crítica, 1989, pp. 367-401.

<sup>4</sup> Cf. Alberto GIL NOVALES, "Introducción" a Joaquín COSTA: *Historia crítica de la revolución española*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1992, p. 18.

Conozca o no el precedente, en esta tesitura se ve Costa acompañado de ilustres pensadores que creyeron firmemente en la revolución, pero también se hicieron la suprema ilusión de que la violencia no era necesaria. Pensadores de la categoría de Diderot (es verdad que muerto en 1784), d'Holbach (en 1789) o Raynal pensaban que a través de la educación, de la información y de una moral social equilibrada se podría terminar con lo que consideraban abusos de su tiempo.<sup>5</sup> Acaso el más eminente desde el punto de vista de la Filosofía moderna, Immanuel Kant, cuya revolución se da al máximo en la esfera del pensamiento, en términos de realidad cree en una evolución de las costumbres y de la moral que sustituya los privilegios paso a paso por reformas ilustradas, sin necesidad de violencia. Apela para ello a la "Razón" (*Vernunft*) de los príncipes, que les convertirá en instrumento de la sociabilidad al servicio del orden burgués e incluso democrático.<sup>6</sup> Muchos hombres característicos de la Ilustración, que alcanzaron a vivir la revolución, se apartaron de ella porque, por lo menos en el mundo occidental, una cosa es el pensamiento y otra la acción.<sup>7</sup> **Ilustre ascendencia.** Lo único inquietante de esta compañía es que se trata de autores coetáneos de la Revolución Francesa, mientras que Costa vive y escribe casi un siglo después.

La apelación kantiana a la razón de los príncipes es una forma del famoso concepto de la revolución desde arriba, que en Costa constituye la otra idea medular a que antes me he referido. La revolución puede hacerse desde abajo, es decir, hacerla el pueblo, y en este caso será violenta, o desde arriba, a cargo de las instancias o clases superiores, generalmente para evitar o hacer innecesaria una conmoción del estado llano. También en esto precedieron a Costa importantes representantes del pensamiento europeo, por ejemplo, Fichte,<sup>8</sup> discípulo y continuador de Kant, miembro por tanto de esa Escuela idealista alemana que tanto va a influir en el pensamiento español de finales del siglo XIX. El concepto tiene en Fichte claro sentido progresista: la revolución desde arriba es necesaria para que la revolución, sin más, sea posible. Algo semejante puede decirse de Costa, quien invoca la revolución desde arriba para que haga la revolución, esa misma revolución que a su debido tiempo no se hizo en toda la plenitud de su significación social; concepto que va modulando según las ocasiones: unas veces la revolución desde arriba sustituye a la revolución desde abajo, a

---

<sup>5</sup> Cf. Daniel ROCHE: *Les Républicains des lettres. Gens de culture et Lumières au XVIII<sup>e</sup> siècle*, Paris, Fayard, 1988, pp. 251-252.

<sup>6</sup> Cf. Walter GRAB: *Ein Volk muss seine Freiheit selbst erobern. Zur Geschichte der deutschen Jakobinern*, Frankfurt am Main, Büchergilde Gutenberg, Wien, Olten, 1984, p. 30.

<sup>7</sup> ROCHE, *op. cit.*, pp. 250-251. Y el importante trabajo de Roland MORTIER: "Les héritiers des 'philosophes' devant l'expérience révolutionnaire", en *Le Coeur et la Raison*, Oxford, Voltaire Foundation, 1990, pp. 454-466.

<sup>8</sup> Cf. GRAB, *op. cit.*, p. 30.

la que hace innecesaria, otras veces la concita, de tal modo que la revolución desde arriba solo es posible si previamente se ha producido una revolución desde abajo. Para hacer posible una y otra, hay que dotarla de los instrumentos adecuados. Y a conseguirlos se dirige la gran labor propagandística de Costa.

Pero el concepto mismo experimenta en su tiempo una inusual competencia: la de Antonio Maura, y este no es solamente un hacedor de opinión sino que llega a ser gobierno, siempre, como se sabe, muy debatido. No nos compete a nosotros ahora estudiar el significado de Maura en la historia nacional sino recoger el uso que hace de la revolución desde arriba y la réplica que le da el aragonés. Todo el mundo ha hablado de la personalidad de Maura, y el primero de todos el propio Costa, que no dejó de estudiarlo meticulosamente —lo mismo que a otras personalidades de su tiempo—. Maura significó en el horizonte de finales del siglo XIX y de comienzos del XX una renovación de la derecha española que engendró filias y fobias, las cuales solo a la luz de la guerra civil que se avecinaba pueden comprenderse. Lo más importante de su mensaje estriba en la utilización *pro domo sua*, pero siempre con talento, de ideas costistas: el llamado descuaje del caciquismo, que consiste en vaciar de contenido las ideas de Costa,<sup>9</sup> y la revolución desde arriba, que él llamó revolución desde el gobierno,<sup>10</sup> conceptos en los que muchos sospecharon que había gato encerrado, es decir, más clericalismo y más monarquismo. Orador sobre todo, acuñó fórmulas sofisticadas para deshacer a sus adversarios, como esa tremenda del “motín desde arriba”,<sup>11</sup> que no hicieron nada para apaciguar la vida política nacional y, en definitiva, obraron contra sus más íntimas pretensiones. Pero, al colocarse dialécticamente en un terreno avanzado, hizo posible que algunos de sus seguidores figurasen años después en la Segunda República, aunque siempre en las filas conservadoras.<sup>12</sup> Costa no llegó a ver esta evolución, y nunca quedó prendado del caramillo maurista. Su juicio es rotundo: “Maura es un insustancial”.

<sup>9</sup> Cf. Alfonso ORT: *En torno a Costa (Populismo agrario y regeneración democrática en la crisis del liberalismo español)*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación – Fundación Joaquín Costa – Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1996, p. 384.

<sup>10</sup> Cf. José RUIZ-CASTILLO FRANCO: *Antonio Maura. Treinta y cinco años de vida pública*, prólogo y epílogo del duque de Maura, 3ª edición, Madrid, Biblioteca Nueva, 1953, p. 230 (la 1ª edición es del mismo año). Diego SEVILLA ANDRÉS: *Antonio Maura. La revolución desde arriba*, prólogo de Melchor FERNÁNDEZ ALMAGRO, Barcelona, Aedos, 1954.

<sup>11</sup> RUIZ-CASTILLO, *op. cit.*, p. 172 (frase empleada en un discurso del 11 de abril de 1902).

<sup>12</sup> Cf. Ángel OSSORIO Y GALLARDO: “Maura, abogado”, y Niceto ALCALÁ-ZAMORA Y TORRES: “Maura, estadista”, en *Sesión necrológica en honor del ex-presidente y académico de mérito Excmo. Sr. D. Antonio Maura y Montaner*, Madrid, Real Academia de Jurisprudencia y Legislación – Edit. Reus, 1926, pp. 25-38 y pp. 71-91, respectivamente. También del primero, prólogo a PAULIS, J., y SOREL, F. DE: *Maura ante el pueblo*, Madrid, Francisco Beltrán, 1915.

La cuestión maurista banaliza en España el concepto de revolución desde arriba, porque son muchos los que lo atacan desde todos los ángulos.<sup>13</sup> La idea, no obstante, en cierta manera caló: es muy sabido que, con esa mimetización del lenguaje revolucionario característica de la reacción, el periódico más relevante de Falange se llamó *Arriba*.

Hay algo muy importante en el concepto que se da en toda significación revolucionaria —y lamentablemente también contrarrevolucionaria— o simplemente progresista, y es la que se refiere a la acción del Estado. Millones de páginas se han escrito sobre la cuestión, por lo que no voy a entrar en un tratamiento extenso de la misma. Simplemente me referiré a Costa. Aunque los conceptos de revolución desde arriba y de acción del Estado no son exactamente sinónimos, sí recubren un largo espacio común. Un subconcepto es el de la dictadura tutelar, con palabra sacada de la Roma antigua, del que se ocupó la Sección de Ciencias Históricas del Ateneo de Madrid en 1895. Desde junio de este año la Sección estaba presidida por Costa, y a él correspondió la idea de celebrar un curso o información sobre la cuestión (se dieron en total cuatro conferencias), al que fueron invitadas varias personalidades. Todo ello se explica en el prólogo de *Tutela de pueblos en la Historia*, título de la Biblioteca Costa puesto bajo el nombre de Joaquín Costa pero que no es suyo, según ya hace algunos años nos explicó Cheyne. Sí lo es, en cambio, la conferencia sobre Viriato que se dio en este curso. La intervención de Rafael Altamira en la información se publicó en 1898 con abundante bibliografía.<sup>14</sup> Si no estoy equivocado, esta información del Ateneo de Madrid es la que precede a la que, dirigida también por Costa, se llamó *Oligarquía y caciquismo*.

En definitiva, el debate interno de Costa, que se puede seguir a lo largo de sus escritos, conferencias y mítines, se basa en su creencia de que las clases superiores españolas no han cumplido, y no están cumpliendo en su época, con la misión moderadora y rectora que debieran haber asumido. Por ello insiste una y otra vez en (¿usaré la palabra?) predicar a esas clases para que se capaciten y asuman sus responsabilidades. Las instituciones, tampoco, sobre todo la monarquía, en la que desde Carlos IV cifra todos los horrores de la situación española. No es una cuestión teórica, un debate que se plantee en abstracto sobre los méritos relativos de una y otra forma de gobierno. Tampoco es una cuestión adjetiva o secundaria. Costa sienta el convencimiento de que con la dinastía borbónica España no tiene solución. Es una verdad fundamental a la que llega por la experiencia histórica. No podemos pensar en un cambio de dinastía. La opción Prim no puede repetirse. Costa tiene alto

---

<sup>13</sup> Cf. J. ARRUFAT: *Constitución de Fusilandia. Tratado completo de revolución desde arriba*, Madrid, Administración de *El Fusil*, 1906.

<sup>14</sup> Rafael ALTAMIRA: "El problema de la dictadura tutelar en la historia", en *De Historia y Arte*, Madrid, Victoriano Suárez, 1898, pp. 107-172.

concepto de lo que fue la Guerra de la Independencia, pero por desgracia los españoles supieron vencer a Napoleón pero no supieron librarse de Fernando VII ni de los demás Borbones. La dinastía se afianza, dirá en otra ocasión, pero a costa de indostanizar a España (Ortega hablará años después de la tibetanización de España). Por fortuna, es posible pensar en la república, cuya introducción en España desea fervientemente, por patriotismo y racionalidad. Es verdad que la Primera República, la de 1873, duró muy poco. Costa la analiza, y la defiende de sus enemigos. En una nueva república pone sus esperanzas, que busque a hombres de sangre caliente, como lo fueron en Francia Thiers, Gambetta, Carnot. No lo verá en vida, pero indudablemente su conjuro alcanzará, en la vida de la Historia, que supera la de los individuos, a la fecha mítica de 1931. No es poco legado, pero, repito, Costa no pudo verlo.

Otra institución que le merece las más severas críticas es la Iglesia. Pone, sin embargo, menos énfasis en la Iglesia que en la monarquía, ya que esta es la cúspide de todo el organismo social español, como el zarismo lo era de la servidumbre rusa, y la Iglesia, aunque importante, no es fundamental. Costa es un librepensador, que no tiene nada de antirreligioso. Sí es acaso anticlerical, pero sin insistir demasiado, porque lo suyo es pensamiento fundamental, y no anecdótico, y porque sabe muy bien que el anticlericalismo sirve de coartada fácil para no encarnarnos con otros responsables, los que llama en 1904 *frailes de levita* (siempre Costa será un gran creador de imágenes) y dos años después califica de levitas, sotanas, togas y uniformes.

También el Parlamento es denostado en sus escritos y palabras repetidamente. Esto produjo en su tiempo y sobre todo después mucho escándalo, pero conviene estudiar la cuestión con serenidad. Costa, en un escrito de 1894, compara la situación española con la lucha secular entre la Cámara de los Comunes y la de los Lores en Inglaterra, de donde podríamos deducir que su denuncia del Parlamento obedecía a una exigencia de mayor representatividad del cuerpo legislativo. Ante esto nada tendríamos que decir, ya que un Parlamento que no sea representativo no es un verdadero Parlamento. El artículo al que me refiero se publicó en *El Liberal* de Madrid, pero de forma muy típica en Costa el texto impreso va precedido del título “El pueblo y el Parlamento” y de un párrafo manuscrito, seguido de nuevos párrafos también manuscritos. No me atrevo a fechar estos añadidos. De ellos se desprende que el Parlamento es un obstáculo para la introducción de las reformas económicas que España necesita urgentemente. El indiferentismo ante esta cuestión es síntoma de una enfermedad más grave. No desarrolla aquí este tema, ya que no estamos ante un artículo terminado, sino ante algo que el autor iba haciendo poco a poco. Vuelve a la carga en un artículo de 1905, titulado precisamente “El Parlamento”. Queda aquí muy claro de qué se trata: “mudar la forma oligárquica del Estado por un régimen propia-

mente liberal y de *selfgovernment*".<sup>15</sup> Conviene también saber que el Parlamento, tal como ha venido existiendo en España, ha sido una de las formas, y de las más importantes, por las que la oligarquía ha venido controlando el país. El propio Costa se da cuenta de que hablar así, después de un siglo de luchas civiles por implantar el sistema representativo, suscita muchas emociones e incomprensiones. No se trata de negar este sistema, volviendo al Antiguo Régimen, sino de hacerlo verdadero. Tal como está configurado el Parlamento español es una mera expresión de la oligarquía, y de las más perniciosas. Urge suspenderlo, para que, realizada la reforma, pueda volver a existir. Los gobernantes españoles no gobiernan para el pueblo sino que lo desconocen, lo explotan y aun lo humillan. Pero no lo hacen invocando un pasado que ya no puede volver sino disimulando y enmascarándose. Hacen ver que son lo que no son, fingen tener un gobierno con sus formaciones políticas y sus programas, y todo ello lo decoran llamándonos a las urnas, a las que, dice en 1906, acudimos como borregos. *La mentira parlamentaria*, también de 1906, que empieza con una cita de Max Nordau,<sup>16</sup> le levanta ronchas. Los que se presentan a diputados, dice en un *Fragmento* de 1907, son aspirantes a oligarcas, y el Parlamento se ha convertido en una *paidocracia*, cosa de niños que solo piensan en jugar, aunque sus juguetes sean los destinos del país. En una *Tarjeta postal* insiste en que, para hacer patria, hay que tomarse en serio el sufragio, tomarlo "como un deber y emitirlo con tal convicción y tal resolución que nadie pueda atreverse a escamoteárselo". Un texto manuscrito, *La librea de diputado*, insiste en lo mismo, acaso con mayor amargura: "el diputado debe servir a la nación, no convertirse en un señor feudal que se sirve de la nación". En otro manuscrito, *La librea del pueblo*, con una especie de nuevo título, *Parlamentarismo*, posterior y de otra letra, probablemente de Tomás Costa, se parte de lo mismo: "El político debe servir al pueblo, no hacerse servir de él". Otro manuscrito, *No a las Cortes*, se refiere al fracaso de la República de 1873, pero es muy posible que no sea de Costa (aunque sí las ideas).

En definitiva Costa condena los vicios del Parlamento para que otro, sin ellos, sea posible. Es una aspiración elemental sobre la que algunos autores antes que él habían ya llamado la atención. En los comienzos mismos de la institución en España, Gonzalo Luna defiende el derecho de inspección de los ciudadanos sobre la labor de los diputados, la publicidad de las sesiones y una neta separación de poderes.<sup>17</sup> Hay

---

<sup>15</sup> Este término inglés era muy frecuente en la época. Puede haber, sin embargo, un recuerdo de Gumersindo DE AZCÁRATE: *El Self-Government y la Monarquía doctrinaria*, Madrid, Victoriano Suárez, 1877.

<sup>16</sup> Cf. MAX NORDAU: *Las mentiras convencionales de nuestra civilización*, traducción de A. Gómez Pinilla, Valencia, Sempere y Cía. s. a. Crítica del sistema parlamentario en este libro, en p. 210 y ss.

<sup>17</sup> Cf. GONZALO LUNA: *Censura de las Cortes y Derechos del pueblo español*, citado a través de la amplia referencia que da el *Redactor General*, nº 97, Cádiz, 1811, p. 375.

quien avisa también de los peligros de unas mayorías debidas más a las modalidades de la elección, que a la voluntad general del país. Así lo hace, por ejemplo, *El Español Libre*, nº 1,<sup>18</sup> en el que su anónimo autor, ante la eventualidad de que fuese elegida regente del reino la infanta Carlota Joaquina, se muestra preocupado por los posibles atentados a la Soberanía Nacional que puedan cometer las Cortes, por la manera con la que son elegidos los diputados o simplemente por la corrupción. A todo lo largo del siglo XIX, en los períodos en los que hay representación política, se debaten los temas de la Soberanía Nacional<sup>19</sup> y de las elecciones,<sup>20</sup> este solo aparentemente menor. Tras la Restauración y la crisis finisecular el regeneracionismo denuncia que en España no hay separación de poderes sino solo poder ejecutivo. Esta es la tradición en la que se inserta Costa.<sup>21</sup> No importa lo que diga la ley: Costa donosamente calificará la *Gaceta* de revista didáctica.

Gran parte de estas ideas de Costa son anteriores a 1898. No se da en Costa una ruptura entre dos etapas; pero el *Desastre* otorga a sus concepciones un *pathos* especial y hace que el gran público se fije en ellas. Costa necesita un instrumento político para llevar a cabo la obra regeneradora (la palabra aparece muy temprano), a la que se cree llamado. Fruto de esta necesidad es la creación de la Liga de Contribuyentes de Ribagorza, 1891, la Cámara Agrícola del Alto Aragón, 1892, a la que seguirá la Liga Nacional de Productores, 1899, y finalmente la Unión Nacional, 1900, cuatro instrumentos poderosos de acción en la crisis del 98, a la que se anticipa, y a la vez de ampliación de su esfera, desde el Alto Aragón a toda la nación. Instrumentos poderosos pero insuficientes, muchas veces se ha dicho: Costa no logrará crear un partido nuevo que lleve a la conquista del poder, única manera de ejercer la revolución desde arriba. Lúcido siempre, reconocerá muy pronto el fracaso regeneracionista de la Unión Nacional; pero no se da por vencido. Es necesario continuar la lucha, aprovechando los restos del llamado republicanismo histórico, a

---

<sup>18</sup> Cádiz, Imp. de Niel, hijo, 1813.

<sup>19</sup> Cf. "Política", *El eco de Padilla*, Madrid, nº 3, 3 agosto 1821. Manuel María DE AGUILAR, José ORDÁS DE AVECILLA, Aniceto PUIG, Nicolás M<sup>o</sup> RIVERO: "A nuestros conciudadanos", *El Siglo*, Madrid, nº 180, 8 abril 1849 [manifiesto fechado el día 6]. Sixto Cámara fundó y dirigió el periódico *La Soberanía Nacional*, Madrid, 1854-1856. El mismo título llevó el periódico dirigido por Ángel Fernández de los Ríos, Madrid, 1864-1866, y otro de 1869, de autor desconocido. Y aun otro, *La Soberanía Nacional o El Último Suspiro de un Trono*, 1873, y también *La Soberanía del Pueblo*, 1880.

<sup>20</sup> Cf. entre muchos el ejemplar *Manifiesto de Don Rafael del Riego, elector del partido de Sevilla, a todos los de la provincia*, Sevilla, 1820, en mi edición de Rafael DEL RIEGO: *La Revolución de 1820, día a día*, Madrid, Tecnos, 1976, pp. 74-79. Luis María PASTOR: *Las elecciones. Sus vicios. La influencia moral del Gobierno. Estadística de la misma, y proyecto de reforma electoral*, Madrid, Imp. de Manuel Galiano, s. a. [h. 1860].

<sup>21</sup> Cf. mi trabajo "Costa y el regeneracionismo", en *Actas de las Jornadas El Pensamiento de Joaquín Costa (10-16 de septiembre de 1996)*. Monzón (Huesca), Monzón, CEHIMO, 1997, pp. 65-93.



los que a comienzos del siglo XX se quiere dar nuevos bríos mediante la unificación de sus diversas corrientes.

Esta se produce en una asamblea que tuvo lugar el 25 de marzo de 1903. Costa estaba presente. La propuesta de Nicolás Salmerón para presidir el partido se hizo de forma aclamatoria, en medio del mayor entusiasmo, y cuando Salmerón dijo que su jefatura sería solo simbólica, porque quería huir de todo personalismo, “el gran Costa”, según se dice, “aplaudía con toda su alma”.<sup>22</sup> Costa se va a lanzar en el partido republicano, así renovado, y va a tratar de convertirlo en el impulso de la regeneración nacional a que aspiraba. Su trabajo es enorme y su repercusión también; pero no aspira ni por un momento a dirigirlo. Los que han acusado a Costa de no ser otra cosa que un aspirante a dictador harían bien en fijarse en estos momentos supremos. Costa no quiere dirigir el partido, ni cuando primeramente se plantea la cuestión ni nunca, y esto por disciplina, por respeto al prestigio de la Primera República encarnado entonces en Nicolás Salmerón, por su conciencia acaso de que físicamente él no era más que una ruina. Costa acepta la dirección de Salmerón, aunque no todo en él era entusiasmo por el almeriense (más bien lo contrario). No solamente lo acepta sino que lo homenajea para convertirlo en figura representativa de la causa en la que el aragonés veía la salvación de España. Salmerón llevará rápidamente a la Unión Republicana a su fracaso, por su política de pactos, por la aceptación de ciertas comodidades nada revolucionarias, como ya en 1873 había realizado una promoción de personas que acabarían con la República, según ya hace muchos años señaló Ernesto Bark.<sup>23</sup> Pero Costa no cree que haya nadie que pueda ser alternativa a Salmerón en la dirección del republicanismo. Una nota publicada por Cheyne así lo atestigua.<sup>24</sup> Muchos seguirán la trayectoria de Salmerón, o crearán la suya propia, no menos descaminante (por ejemplo Lerroux, que tratará también de utilizar a Costa, con todo cinismo pero

---

<sup>22</sup> Cf. Antonio LLOPIS Y PÉREZ: *Historia política y parlamentaria de D. Nicolás Salmerón y Alonso*, Madrid, Ediciones España, 1915, pp. 393-394.

<sup>23</sup> El livonés ERNESTO BARK, uno de los creadores del llamado Grupo Germinal, en su libro *Nicolás Salmerón. Bosquejo biográfico*, Madrid, Biblioteca Germinal, 1903, califica muy duramente a Pi y Margall y a Castelar por su responsabilidad en el fracaso de la República de 1873, y censura a Salmerón, aun reconociendo sus cualidades, sobre todo por sus errores en la promoción de personas (a él deben su ascenso los generales Pavía y Martínez Campos, que acabaron con la Primera República) y por haberse dedicado a calmar a los revolucionarios en lugar de espolearlos. “Igualmente dirá el porvenir si su honradez no se dejará engañar por los monárquicos como fue engañada la de Ruiz Zorrilla, y si él y su partido no habrán servido para nada más que ser un muro de contención contra la revolución social y un compás de espera para la consolidación de D. Alfonso XIII” (p. 10). Este autor, que tiene cosas muy peregrinas, recoge el concepto de *revolucionarios taponés*, extraordinariamente gráfico (*Filosofía del Placer*, Madrid, Biblioteca Germinal, 1907, p. 28). Bark es uno de esos autores que necesitan una revisión crítica, hecha con profundidad.

<sup>24</sup> G. J. G. CHEYNE: *Joaquín Costa, el gran desconocido*, Barcelona, Ariel, 1972, pp. 147-148.

sin éxito, por lo menos en vida; después de muerto Costa, Lerroux tratará de hacer valer su discipulado respecto del maestro)<sup>25</sup>. La crítica de Costa no se limitará a los dirigentes del partido sino a todos los republicanos, a todo el partido, en el que ha visto un sinfín de intrigas y discordias. La fama y la pasión por Costa no decaerán, pero también los malignos intentos para desacreditarle, que han llegado hasta nuestros días. Lo cierto es que Costa se vio otra vez solo, decepcionado, sin posibilidad de realizarse, sin más horizonte que la muerte.

Decir que cae en el más negro pesimismo es decir poco. El pesimismo en él era consustancial desde muchos años antes, aunque trataba a veces de convencerse de que solo siendo hoy pesimistas podremos mañana ser optimistas. Pero ahora su pesimismo va a cobrar vigencia de pensamiento político, digámoslo así. Costa estaba aquejado de una enfermedad llamada distrofia muscular progresiva, que representaba una disminución gradual de la fuerza muscular, sin afectar de momento al tronco ni a la cabeza, pero sí a los brazos y piernas; con momentos de intenso dolor y temporadas de relativa estabilidad, pero siempre con la conciencia del avance lento e inevitable de su mal. Inevitable porque no tenía curación, según pudo comprobar él personalmente recurriendo a diversos médicos, incluso a notabilidades del extranjero, y también a algún curandero.<sup>26</sup> La sensación de ruina física le posee, aunque trata de evitar que los demás la vean demasiado. Tiene conciencia no solo de la gravedad de su caso sino también de cómo el mal va invadiendo nuevas zonas de su cuerpo maltrecho. En estas condiciones es fácil comprender que fuese pesimista. Y que trasladase la conciencia que tenía de sí mismo al conjunto del país, al ver sobre todo que pasado el 98 no se ha producido la revolución.

La enfermedad, no obstante, no le impidió trabajar. Todos los estudiosos que han considerado su obra han quedado impresionados por la magnitud de lo realizado. Imaginamos un ímprobo esfuerzo de voluntad, que produjo sus frutos. Al mismo tiempo que va pensando en cómo sacar al país del atolladero en que ha caído, y va dando, para ello, recetas y remedios siempre atinados, que irán desarrollándose con posterioridad, ya independientemente de que él esté vivo o muerto; al mismo tiempo, repito, le va entrando la conciencia de que la situación de España, las carencias que señala, las oligarquías y caciquismos que la abruman, y en el otro extremo las masas populares, caídas en una verdadera ciénaga de desolación, significan una guerra civil. Entonces habla de la raza española, que en una

---

<sup>25</sup> Cf. Alejandro LERROUX: *La verdad a mi país. España y la guerra*, edición anotada y comentada por Hermógenes CENAMOR, Madrid, Viuda de Pucyo, 1915, p. 44, y también pp. 12, 17, 64-65, 72, 174 (hay que advertir que en este libro el texto propiamente de Lerroux empieza en la p. 105; lo anterior es también de Lerroux, pero interpretado por Cenamor).

<sup>26</sup> CHEYNE, *op. cit.*, pp. 65-66.

clasificación positivista, tan en boga entonces,<sup>27</sup> parece que no era de las más preclaras. Al positivismo ha llegado a través del krausismo,<sup>28</sup> doctrina de sus principales maestros y amigos en Madrid, que lo abarca todo pero que, además de su valor intrínseco, tiene la característica de abrir vías hacia otras doctrinas filosóficas y sociales, incluidos el positivismo y el socialismo.<sup>29</sup> No solo el positivismo le influye, como a tantos otros españoles y europeos de su época, cualquiera que fuese su credo, sino que llega a incurrir, probablemente sin darse él plena cuenta, en una especie muy particular del positivismo, que es el llamado *darwinismo social*.<sup>30</sup> Tener admiración por Darwin, y compartir con él<sup>31</sup> o con Lamarck la teoría de la evolución, es lógico y está muy bien, y en España hubo ejemplos casi heroicos.<sup>32</sup> Esa creencia formaba parte de la revolución que se quería hacer (librarse en definitiva de las caducas enseñanzas de la Iglesia). Pero llevar a la sociedad coetánea las doctrinas de la selección natural y de la supervivencia de los mejores va a tener consecuencias gravísimas. En su descargo hay que decir que las nociones sobre la decadencia y sobre la incapacidad de España para determinadas funciones humanas —ciencia, pensamiento especulativo— fueron muy comunes a raíz del 98, hasta extremos que hoy nos resultan incomprensibles.<sup>33</sup>

---

<sup>27</sup> Cf. Diego NÚÑEZ RUIZ: *La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis*, Madrid, Tucarc Ediciones, 1975.

<sup>28</sup> Cf. Eloy TERRÓN: *Sociedad e ideología en los orígenes de la España contemporánea*, Barcelona, Península, 1969. Juan LÓPEZ MORILLAS: *El krausismo español*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956; *Hacia el 98: literatura, sociedad, ideología*, Barcelona, Ariel, 1972. Adolfo POSADA: *Breve historia del krausismo español*, Oviedo, Universidad, 1981. A. JIMÉNEZ GARCÍA: “El krausismo y el pensamiento liberal español”, *Gades*, nº 11, 1983, pp. 313-326.

<sup>29</sup> Cf. Elías DÍAZ: “Sanz del Río sobre Krause y Hegel”, Madrid, *Boletín Informativo de Ciencia Política*, nº 8, diciembre 1971, pp. 19-32. Gonzalo CAPELLÁN DE MIGUEL: “El krausismo español. Algunas reflexiones sobre el concepto de ‘krausopositivismo’”, Santander, *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, diciembre 1998, pp. 435-459. Jorge GUILLÉN: “Prólogo” a Blas RAMOS: *Necrología de Canseco*, Málaga, Publicaciones de la Librería Anticuaria “El Guadalhorce”, 1967.

<sup>30</sup> Cf. J. NOVIKOV: *La crítica del darwinismo social*, trad. de Nicolás Salmerón y García. Madrid, Daniel Jorro, 1914.

<sup>31</sup> Cf. Diego NÚÑEZ (ed.): *El darwinismo en España*, Madrid, Castalia, 1977. Incluye un capítulo sobre el darwinismo social.

<sup>32</sup> Cf. José R. CARRACIDO: “La doctrina de la evolución en la Universidad de Santiago” (sobre Augusto González de Linares), en *Estudios histórico-críticos de la Ciencia española*, Madrid, Imp. de “Alrededor del mundo”, 1917, pp. 273-278.

<sup>33</sup> Cf., por ejemplo, las ideas que sustenta Américo CASTRO sobre la incapacidad racional de los españoles, compensada por su dedicación estética y arquitectónica, en *Iberoamérica. Su historia y su cultura*, New York, The Dryden Press, 3ª ed., 1954 (la 1ª, de 1911, se titulaba *Iberoamérica. Su presente y su pasado*).

La decadencia de España, en la que tanto se insistió, se inscribe en aquellos años en un concepto más amplio, el de la decadencia de las razas latinas, el cual traería su origen ideológico en el conde de Gobineau (*Essai sur l'inégalité des races humaines*, París, 1853-1855) y su confirmación en la derrota francesa de 1870, española de 1898 y aun colonial italiana de 1896 (batalla de Adua). Joseph Péladan escribe una serie novelesca con el título general de *La décadence latine*. El último volumen, *Finis Latinorum*, se transparenta en el “*Finis Hispanorum*”, de Ramiro de Maeztu, y en el “*Finis Hispaniæ*”, de Julio Póveda, ambos de 1899, el último en la *Revista Nueva* de esa fecha. También en este año Santiago Alba traduce y prologa el libro de Edmundo Demolins *En qué consiste la superioridad de los anglosajones*, Madrid, Victoriano Suárez.<sup>34</sup>

Frente a tanto marasmo anímico, muchos creyeron encontrar en Nietzsche la solución, es decir, la invitación a la rebeldía. Es notable que uno de los grandes especialistas en el tema haya situado a Costa en el horizonte nietzscheano, aunque ignorando al pensador alemán,<sup>35</sup> cuestión que merecería un estudio más detenido. En todo caso, en términos de futuro y, por supuesto, librando a Nietzsche de las connotaciones nacional-socialistas que en mala hora se le atribuyeron —el racismo alemán e italiano como horizonte—, hay que añadir que Costa no se pone nunca del lado de la supuesta raza superior y todo lo que dice y hace quiere evitar para su país un destino denigrante, quiere que España se europeíse, es decir, que sea ella misma, con elevada cultura y alto nivel económico para todos. Quizá haya contradicción entre decir que somos una raza inferior y trabajar para que lleguemos a un nivel europeo. Probablemente a lo que llama raza es algo creado por la Historia, no es biología pura, y por tanto el devenir histórico la puede mejorar. En los papeles de Costa del Archivo de Huesca hay una rúbrica, que se repite mucho, *Falta de aptitudes*, título probable de algún libro en preparación, para el que iba acumulando materiales. Y, sin embargo, Costa quiere demostrar que esa metafísica *falta de aptitudes* es siempre corregible: deriva de circunstancias, no de esencias. Siempre en Costa el sí y el no a la vez.

Es verdad que Costa fue africanista: creyó, como otros, en la tremenda ingenuidad de la misión civilizadora de Europa, y de España en particular.<sup>36</sup> Pronto modificará sus puntos de vista, que nunca separa de la visión interna de la sociedad española. Pero los que en la actualidad denuncian con más energía los crímenes del pasado colonial le pasan factura, y esto a la vez por los errores propios y por los desmanes ajenos.<sup>37</sup>

---

<sup>34</sup> Cf. Udo RUKSER: *Nietzsche in der Hispania*, Bern und München, Francke Verlag, 1962, pp. 14-23.

<sup>35</sup> Gonzalo SOBEJANO: *Nietzsche en España*, Madrid, Gredos, 1967, p. 174.

<sup>36</sup> Cf. Azucena PEDRAZ MARCOS: *Quimeras de África. La Sociedad Española de Africanistas y Colonistas. El colonialismo español a finales del siglo XIX*, Madrid, Polifemo, 2000.

<sup>37</sup> Cf. Gustau NERÍN: *Guinea Ecuatorial, historia en blanco y negro. Hombres blancos y mujeres negras en Guinea Ecuatorial (1843-1868)*, Barcelona, Península, 1998.

*Falta de aptitudes.* El pesimismo es innegable, surge de los recovecos más íntimos del alma de Costa y se traslada a la propia acción política; parece mentira que conceptos absolutamente negativos pudiesen servir o fueran utilizados para la propaganda, para la movilización social. Al pueblo, a las clases neutras y republicanas, no digamos a los estratos superiores y a los gobernantes, se les increpa, se les lanza el insulto como un grito desesperado: ¡Eunucos!, *Corral de capones*, etc. Pesimismo no siempre tan beligerante, ya que otras veces es más tranquilo y pacífico, pero igualmente insidioso y anulador de sí mismo. Muchos ejemplos se han aducido de este temperamento de Costa. Citaré solo uno recogido por Ernesto Bark. Andaba éste interesado en promover una acción democrática que emprendiese la regeneración del país en materia educativa. Pidió auxilio a Costa, entre otros, y he aquí lo que le contestó aquel hombre “admirable”, por el que Bark sentía auténtica devoción: “Falta educación e instrucción, pero este país es refractario a la cultura y hace falta que los extranjeros nos obliguen por la dura ley de la fuerza a civilizarnos... Aquí sobran casi todas las revistas, periódicos y colejos, porque no hay lectores ni número suficiente de discípulos que quieran estudiar. Hace falta un diario para la nación, pero no puede haberlo porque los intereses individuales o los de facción política lo absorben todo [...] El Ateneo vegeta pobremente y sus clases son frecuentadas por unos cuantos amigos particulares del conferenciante. Si la Acción democrática consigue despertar interés por la ciencia, que no lo creo que conseguirá, cuente con mi concurso en la extensión universitaria”.<sup>38</sup> Desaliento y desconsuelo son las palabras que Bark aplica a esta respuesta.

Y sin embargo, tras momentos así, demasiado repetidos, es verdad, Costa volvía a proponer ideas, a enfrascarse en la lucha y en el trabajo, volvía a ser fecundo. Costa convierte el pesimismo en método, para que el futuro pueda ser optimista. Incluso en el desconsuelo no le falta su pizquita de razón, su capacidad de observación de la realidad. Y también desde el principio encontramos en él unas perspectivas muy modernas.

Si el trabajo titulado *Sistema de gobierno español. Confederación ibérica* no ha sufrido manipulaciones posteriores, Costa ya en 1868 era partidario del sistema representativo; con tal de que el egoísmo no lo haya convertido en un “espantajo de ceremonias”, es decir, en algo inauténtico. Desarrollando este punto, afirma su creencia en la necesidad de la descentralización, que haga de España una sola Nación pero compuesta de una serie de Estados independientes en su administración interior, Estados a los que también llama confederados o regiones. Creo que la raíz de este pensamiento está en la influencia krausista, en la visión del Estado individual, familiar y social, tal como la describe poco después en *La vida del Derecho*, Madrid, 1876, y en la *Teoría del hecho jurídico, individual y social*, Madrid, 1880. Un poco más tarde, en el prólogo al libro de Antonio Royo Villanova *La descentralización y*

<sup>38</sup> Ernesto BARK: *Modernismo*, Madrid, Biblioteca Germinal, 1901, pp. 87-88.

*el regionalismo*, Zaragoza, 1900, después de hablar de los programas de los partidos, que todavía no han salido del estadio mitológico porque nunca han sido llevados a la *Gaceta*, distingue entre un regionalismo legítimo, clamor de protesta de ciudades y regiones contra el Estado opresor, representado por Madrid; y otro regionalismo, o el mismo bajo otra faceta, simplemente reaccionario. Si España llega a ser un país europeo, este regionalismo desaparecerá, falto de sentido, y dará lugar a la descentralización administrativa. En un artículo temprano, de 1933, Franco Venturi subraya la importancia y razón que tienen estas ideas de Costa, junto a las de otros autores del momento, hasta la Segunda República.<sup>39</sup>

De la concepción de que el Estado en España no ha cumplido con su misión ante el pueblo deriva la enemiga que siente Costa hacia Madrid, ciudad medieval a la que, en un texto publicado en 1916, hace culpable de la decadencia nacional, por haber impedido cuando fue elegida para capital de España que se estableciese el eje Toledo / Lisboa, que habría asegurado la unidad de toda la península. Es una vez más el desandar lo andado, pero en esta ocasión de forma harto discutible, basándose más en deseos que en datos. En cambio, terribles e incuestionables son los hechos que recoge sobre la mortalidad en Madrid, por la mala alimentación, por el hacinamiento de sus habitantes en calles sucias, estrechas y malolientes, por los vientos de Madrid, que no apagan un candil pero matan a un cristiano, por la falta de higiene y de interés gubernativo por resolver el problema. Los papeles de Costa están llenos de datos estadísticos, de informaciones varias, muchas veces en la prensa, sobre esta cuestión, con los que él se documentaba. A veces su indignación le vuelve sarcástico: como ejemplo el tremendo artículo “Tifus vengador”, de 1903, especie de danza de la muerte ya no medieval sino a la moderna. Tanto en 1903 como en 1916 la pintura de las condiciones higiénicas de Madrid que ofrece Costa es tremenda pero muy eficaz. Costa habla como un experto higienista, que sin duda lo era, pero no se queda nunca en los puros datos sino que su motivación es siempre política.

Y, sin embargo, Madrid en la segunda mitad del siglo XIX estaba cambiando. Con el canal de Isabel II y la traída consiguiente de aguas, lo que era una ciudad mortífera se va a transformar en una ciudad saludable, susceptible de expansión. Juan Bravo Murillo, hombre de ideas muy reaccionarias pero buen administrador, fue el político impulsor del llamado canal de Isabel II. El agua del Lozoya llegó a Madrid en junio de 1858.<sup>40</sup> Pero el triunfalismo del momento no anuló el problema, probablemente por la propia lentitud

---

<sup>39</sup> Cf. Franco VENTURI: “Nuova Spagna”, *Quaderni di Giustizia e Libertà*, n° 9, noviembre 1833, recogido en *La lotta per la libertà. Scritti politici*, Torino, Einaudi, 1996, pp. 5-18.

<sup>40</sup> Cf. Alfonso BULLÓN DE MENDOZA: *Bravo Murillo y su significación en la política española*, Madrid, Gráficas Valera, 1950, pp. 155-170. Juan Antonio CABEZAS: *Canal de Isabel II. Bravo Murillo (un político isabelino, con visión del futuro)*, Madrid, Ministerio de Obras Públicas, 1974. Para el conjunto del desarrollo en este periodo, cf. Pablo DE ALZOLA Y MINONDO: *Las obras públicas en España*, Bilbao, 1899, nueva ed. con estudio preliminar de Antonio BONET-CORREA, Madrid, Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos – Turner, 1979.

de la transformación, ya que no todo se ha resuelto con la inauguración oficial. En 1866 todavía se habla de un proyecto de ley para el aprovechamiento del agua de los ríos Lozoya y Guadalix.<sup>41</sup> Se van haciendo mejoras, pero la distribución del agua por barrios se va dilatando a lo largo de lo que resta del siglo XIX y parte del XX, años en los que los ingenieros y comisarios del canal tienen que luchar a brazo partido con los intereses privados, que obstaculizan las obras.<sup>42</sup> El propio crecimiento de Madrid, que el agua potable va a hacer posible, refuerza en un primer momento el hacinamiento de las clases populares y, por tanto, la continuación del problema. A comienzos del siglo XX la cuestión se presenta bajo caracteres muy virulentos. El importante libro del doctor Philip Hauser, *Madrid bajo el punto de vista médico-social*, 1902, titula uno de sus capítulos “De las condiciones antisanitarias de Madrid”.<sup>43</sup> Costa tenía razón. En los papeles de su archivo en Huesca aparecen algunas de las referencias en las que se basaba.<sup>44</sup> Se estaba trabajando, es verdad; pero, aparte de que los afectados por esas condiciones no podían esperar un siglo a que todo se solventase, Costa, poniéndose del lado de la mayoría, combate bajo el nombre de Madrid a la odiosa razón oficial.

Muy diferente opinión es la que da de otras ciudades españolas: a los comerciantes reunidos en La Coruña les dice en 1900 que hagan política, ya que no es incompatible con su profesión, y sobre todo que no permitan nunca que la política sea un coto cerrado de los abogados. Felicita a los que se han presentado con temas prácticos al certamen convocado por el Colegio Mercantil coruñés, como el porvenir de Galicia, la emigración de sus naturales, los medios de desenvolver la industria y el comercio, la organización práctica de las Escuelas de Comercio, el régimen tributario y la función de los peritos y profesores mercantiles. Solo de esta manera será posible que España se redima. No es seguro que lo haga, pero incidiendo una vez más en el famoso tema de optimismo y pesimismo conviene trabajar bajo el primer prisma, sin ahorrar fatigas, dejando para el pensamiento la segunda opción.

Salamanca le entusiasma (en 1901): fue la capital intelectual de España y le corresponde un gran papel en el renacimiento ideal con el que sueña, pues sin cultura no hay patria. Con plazas como la Mayor de Salamanca esta ciudad será París, y con ciudades como Salamanca toda España será Inglaterra. Es el ideal europeo de Costa: una España que equivalga a Inglaterra más Francia.

---

<sup>41</sup> Cf. *Diario de Sesiones del Congreso*, apéndice 2º al nº 100, 1866.

<sup>42</sup> Cf. Severino BELLO POËYUSAN: *Información del canal de Isabel II que abastece de agua a Madrid*, Exposición Ibero-Americana de Sevilla, 1929-1930, Madrid, Gráficas Diana, s. a.

<sup>43</sup> Cito por la reedición *Madrid bajo el punto de vista médico-social*, edición preparada por Carmen DEL MORAL, 2 vols., Madrid, Editora Nacional, 1979, cap. IX.

<sup>44</sup> “El mitin de anoche. La cuestión de las subsistencias”, *La Correspondencia de España*, Madrid, 13 julio 1901 (los alimentos incluían algún veneno). Dr. C. CHICOTE: “La mortalidad en Madrid”, *El Imparcial*, Madrid, 14 enero 1902 (el doctor Chicote era jefe del laboratorio municipal).

Zaragoza, acaso la preferida, ciudad que le trae en primer lugar recuerdos de la Guerra de la Independencia, de levantamiento nacional y de civismo. Es el símil que le sale espontáneo al hablar en la ciudad en febrero de 1899. Zaragoza es también el Ebro, río civilizador. Piensa que de ella puede surgir una España nueva, y pone el ejemplo del *Risorgimento* italiano. No importa que Costa sitúe este movimiento hacia 1845, ya que no podía conocer la inmensa elaboración crítica que el tema suscitó en Italia desde el siglo XVIII.<sup>45</sup> Desde Zaragoza piensa Costa tocar diana en Madrid, Sevilla, Valladolid, Bilbao, Valencia, Barcelona y Málaga. La masa neutra dejará de serlo para crear una patria, para crear una nación sobre las ruinas de la fenecida (ya volveremos sobre el tema de la masa neutra). A finales del siglo XIX estamos otra vez como en 1808, esperanzados pero también amedrentados, porque eso quiere decir que España no existe y que hay que condensar los tiempos. En 1901, comparando 1808 con 1895, habla de las culpas de los que dejaron al pueblo solo en una y otra fecha, y con referencia a la Guerra de la Independencia emplea la expresión “sangre del proletariado”.

En un fragmento onírico-autobiográfico, que empieza “He pasado por la vida como una exhalación”, Zaragoza aparece como una gigantesca pepita de oro, único bálsamo que le permitió llegar a las playas de Graus con menos desolación, lo que le compensó por tantos naufragios, humillaciones, despojos y coces recibidas; pero también Zaragoza le presentaba el espectáculo de la agonía de España: en su desesperación piensa, o sueña, que naciones que poseen un corazón como el de Zaragoza no debieran morir. Es la suprema injusticia.

En cambio en *Osadías de la reacción* denuncia ante Francisco Silvela y Antonio García Alix, presidente del Consejo y ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, respectivamente,<sup>46</sup> al cacicato de Boltaña, en el Alto Aragón, y al clericalismo del distrito y de todos los limítrofes, por querer obligar al maestro de la escuela municipal a llevar a los niños a misa, a lo que se niega. El maestro recurrió al rector de la Universidad de Zaragoza, quien trató de buscar una transacción, recomendando a los clericales que sean amables con el maestro, traten de convencerle con dulzura y no recurran a medidas extremas. Resulta que el maestro era una persona ejemplar, en su profesión y como ciudadano, que estaba educando muy bien a todos los niños, incluso en doctrina cristiana e historia sagrada. Y que había fundado una Sociedad de Socorros Mutuos, de la que era presidente, que había aliviado considerablemente la situación de las clases menesterosas de la localidad. Costa denuncia los manejos reaccionarios, más propios de partidarios del Pretendiente que de ciudadanos de un Estado constitucional. De esta Sociedad de Socorros Mutuos creo que no teníamos

---

<sup>45</sup> Cf. Walter MATURI: *Interpretazioni del Risorgimento*, 5ª ed., Torino, Einaudi, 1962.

<sup>46</sup> Por ello fecho este manuscrito en 1900, año en que Silvela formó gobierno, al que se incorporó García Alix con el recién creado Ministerio de Instrucción Pública.



noticia hasta ahora. En la “Carta a Dionisio Casañal”, de 1904, Costa, después de saludar a su madre Zaragoza y a los republicanos de Barcelona y de la propia capital aragonesa, habla de la necesidad de instaurar rápidamente, “y si fuere preciso brutalmente”, el régimen republicano; para salvar con ello lo poco que nos queda de patria. Solo así se convertirá España en una nación europea, y de las primeras de Europa. Mas en este punto cree necesario advertir que España tiene que librarse de las influencias negativas de Francia, país que nos obsequió con una dinastía “pegajosa e inextinguible”, con la invasión napoleónica y con la de los Cien Mil Hijos de San Luis, con una desoladora guerra civil (la carlista) y ochenta años después enviándonos otros hijos de otros santos, soldados de cogulla y breviario, que vienen a africanizarnos. Mal están estas congregaciones, pero no hay que olvidarse de las otras, las de los vestidos de merino y estambre, las que se refugian en diputaciones, ayuntamientos, ministerios, audiencias, cámaras legislativas y palacios regios, a las que el partido republicano deberá barrer definitivamente de España. Todos ellos son la oligarquía, y en ella entran también las periodísticas, *puestos de castañas*, como llamo a los periódicos en 1909 un corresponsal de Costa, porque están cerrados a todo lo de fuera, excepto al comadreo y a los embustes bajos de la vecindad.<sup>47</sup>

Zaragoza y Gerona, dice en 1905, fueron igualmente heroicas en la Guerra de la Independencia, solo para ver cómo sus hijos tienen que emigrar a Francia, es decir, que aquella guerra la estamos perdiendo ahora. En el mitin de Zaragoza, en febrero de 1906, al acabar de hablar Costa, el público, enardecido, entonó *La marselesa*. Luego, en el banquete con que se le obsequió el 16 de febrero de 1906, Costa hizo votos por la prosperidad de Zaragoza, “la ciudad de las cien mil chimeneas”, y de su industria, y la vio en unión con Bilbao, Barcelona y Valencia, formando el cuadrilátero de la España progresiva, industrial y laboriosa, frente a la otra España, rancia y estéril. Sobre la primera de estas ciudades escribió un texto con el título de *Bilbao. España e Inglaterra*, en el que saluda a la ciudad vasca como un anticipo del siglo XXI, “una realidad europea, cimiento de la España de nuestros sueños”. Su entusiasmo por Bilbao es tan grande que dice que la diferencia entre Inglaterra y nuestro país radica en que Inglaterra posee un centenar de Bilbaos, y España solo dos o tres. Habría que llevar lo que es Bilbao a toda la geografía española por medio de una simiente o, mejor, de un árbol, el árbol de Guernica, que “no representa ya solo libertad, autonomía, buena administración; significa también trabajo, producción, riqueza; significa emancipación, independencia, patria”. Una ciudad, en suma, hermana mayor de todas las demás de España. La alta valoración por la España industrial que estos textos demuestran contradice bastante la imagen de un Costa que solo comprendía las cuestiones campesinas. Ese vasco emprendedor ha ido, tras el hierro y el carbón, a taladrar en el Alto Aragón, en Bielsa, las entrañas de la tierra. En el caso

---

<sup>47</sup> Prudencio IGLESIAS: “La sombra de Costa”.

concreto de Bielsa se trata de un tal Aznar, al que Costa llama Tubalcaín, mientras que Aragón es la tierra de Abel: metáfora probablemente del mundo industrial que acaba con el idilio preexistente, pero acaso también temblor una vez más de la guerra civil que llega.<sup>48</sup>

De Aragón tiene siempre alta idea, porque piensa que en el concierto español Aragón se define por el Derecho y, pensando sobre todo en el Alto Aragón, cree que se trata de un Derecho libre, fruto de la costumbre y de la razón natural.<sup>49</sup> Y sin embargo esta idea, aunque responde a su visión de las cosas, tiene que ser matizada. En 1884 había trazado un cuadro muy estimulante de las *Funciones de Aragón en el organismo de la nacionalidad española*, y allí observaba que Aragón, a pesar de sus grandes virtudes, “es un pueblo sin hombres”. No se refiere a la despoblación del territorio sino a la falta de dirigentes que se observa en la región, una vez desaparecido el conde de Aranda. A lo largo de todo el siglo XIX, desde el punto de vista de la historia constitucional, Aragón está ausente. Solo refugiándose en lo pretérito puede Costa mantener su entusiasmo. La consecuencia está clara: urge que Aragón se regenere, para que vuelva a ocupar su puesto en el conjunto español.

Y cuando hace la experiencia práctica de descender a la lucha política concreta, cuando se presenta como diputado a Cortes por Barbastro en las elecciones de 1896, es estrepitosamente derrotado por el otro candidato, el arquitecto Lorenzo Álvarez Capra. El cacique local de Monzón, pueblo natal de Costa, llegó a contratar una banda de música para que no se oyese sus palabras.<sup>50</sup> No ya la derrota sino los medios empleados enfurecieron a Costa. Y, cuando el comité republicano de Huesca le invitó a perorar en la ciudad, Costa dio rienda suelta a lo que pensaba de la provincia oscense en una carta,<sup>51</sup> no destinada a la publicidad pero que se publicó sin embargo en 1903. De la amargura que el oprobio caciquil le produjo solo se

---

<sup>48</sup> De las minas de hierro y plomo de Bielsa habla Madoz (*Diccionario geográfico*, t. IV, Madrid, 1849). Un desbordamiento de los ríos Cinca y Barrosa en 1788 se llevó las dos fundiciones de plomo que había. La de hierro la sigue explotando Francisco Lostao, quien la adquirió a censo enfiteútico. Nada se dice de Aznar, ya que debe de ser posterior.

<sup>49</sup> Cf. mi libro *Derecho y revolución en el pensamiento de Joaquín Costa*, Madrid, Península, 1965, pp. 85-88.

<sup>50</sup> Cf. CHEYNE: *Joaquín Costa, el gran desconocido*, p. 121.

<sup>51</sup> Contrasta esto con lo que decía en *La libertad civil y el Congreso de Jurisconsultos Aragoneses*: la provincia de Huesca, escribe, “... es una de las más cultas y liberales de España; su capital es una pequeña población de 12.000 almas, y publica ocho periódicos, cuatro de ellos políticos y diarios, cuando hay en España poblaciones de treinta mil y cuarenta mil almas que no tienen uno solo; y por otra parte, no habéis podido olvidar que es la única provincia donde el Gobierno conservador fue derrotado en las últimas elecciones”(p. 526). Su liberalismo no es revolucionario sino sosedado.

salvan dos ciudades: Barbastro y Graus. En la cuestión hay algo más que un prurito localista. En 1896 a Costa le urgía ser diputado para parar, o contribuir a parar, la guerra de Cuba, que le parecía una gran ignominia. De forma quizás algo ingenua quería ser elegido para, de acuerdo con Pi y Margall, lanzar un manifiesto al país que detuviese la guerra inmediatamente.<sup>52</sup> El problema cubano le aparecía a Costa en una forma semejante al regionalista, es decir, la licitud de estos movimientos frente a la barbarie del Estado central; solo que en Cuba la situación se agravaba por las consecuencias de la esclavitud y sus derivados, que habían sido la doctrina oficial española para la isla.<sup>53</sup> Antón del Olmet escribió que el discurso que Costa había preparado para pronunciarlo en el Congreso es el titulado *Muerte y resurrección de España*, luego recogido en *Tutela de pueblos en la Historia*. Sorprende que en un texto de 1896 haya citas de años posteriores, pero ya Cheyne nos aclaró la cuestión: *Muerte y resurrección de España* fue escrito por Tomás Costa, utilizando notas que encontró en los papeles de su hermano y otras de su cosecha, y todo junto lo publicó como si fuese de Joaquín.<sup>54</sup>

Otras ciudades le atraen también: en 1905 llama a Huelva “íncrita ciudad”, en la que hay republicanos y neutros, a los que se dirige para que sean consecuentes y voten por el candidato republicano Diego García y García, joven en quien tiene puestas sus esperanzas de regeneración nacional. El programa expuesto en la calle de Zafra (Costa sabe muy bien de qué está hablando) “es el único camino por donde podría todavía hacerse de esta España extinta una nación viva, culta, rica, fuerte, bien mantenida, europea, asociada a todos los progresos, partícipe en todos los goces y alegrías de la civilización: escuelas graduadas y demás instituciones docentes añejas a ellas, exterminio del caciquismo, autonomía local, red de caminos vecinales y de ferrocarriles secundarios, fomento de los regadíos, instrucción técnica popular, así agrícola como industrial, municipalización de los servicios públicos, transformación y moralización del impuesto de consumos, fijación de la jornada máxima...”. Programa, por otra parte, que evidencia elocuentemente hasta qué punto Costa es un hijo de la Ilustración.

También en una carta privada del 21 de septiembre de 1901 acuñó Costa la expresión desesperanzada “Toda España es Jaén”,<sup>55</sup> variante o escolio del “Sin pulso” acu-

---

<sup>52</sup> Manuel CIGES APARICIO: *Joaquín Costa. El gran fracasado*, Madrid, Espasa-Calpe, 1930, pp. 116-126.

<sup>53</sup> Cf. Joaquín COSTA: “Por qué subsiste en Cuba la esclavitud”, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, nº 164, 1883, pp. 362-366.

<sup>54</sup> CHEYNE: *Estudio bibliográfico de la obra de Joaquín Costa, op. cit.*, p. 220.

<sup>55</sup> Cf. Manuel M<sup>o</sup> MORALES CUESTA: “Tres cartas inéditas de Joaquín Costa a Jaén”, *Estudios: Homenaje al Profesor Alfonso Sancho Sáez*, Granada, Universidad, 1989, pp. 743-753. Son cartas dirigidas en 1901, 1910 y la última sin fecha a Manuel Montero García. La expresión aparece citada en la página 752.

ñado por Francisco Silvela en 1898,<sup>56</sup> lo que quiere decir que nadie está dispuesto, de forma espontánea, a intentar nada. Y Costa, según dice, tiene prisa para abandonar Madrid y volverse a sus montañas del Pirineo.

La mención de Silvela nos introduce en el tema de cómo Costa lo estudiaba, para ver si sus ideas o su acción de gobierno procuraban alguna salida al país. En un artículo o fragmento de artículo de 1892 Costa, al parecer, censura a Silvela por formular ideas económicas a destiempo. Después de la catástrofe la revolución es ineludible.<sup>57</sup> En un artículo de 1910, “Ermitaños y políticos”, después de contar un apólogo, censura la retirada de Silvela, puesto que llegó diciendo que iba a hacer tanto y más cuanto, dejó que se le llenase la alforja de sueldos y cesantías de ministro, de consejero de compañías y empresas y de minutas de abogado, y luego se fue, soltando como remanente un testamento político,<sup>58</sup> sin explicar nada ni someterse a juicio de residencia. Costa conocía bien de qué hablaba: en sus papeles se encuentra una especie de reseña de los libros de Silvela, escritos para el autogobierno, no para la publicación.

No es Costa lo que se dice blando con Silvela. Mucho menos lo es con Sagasta. Don Práxedes constituye una de sus fobias más caracterizadas: nada hace, nada cumple, escribe en 1901. Su programa consiste en cambiar los servicios de un ministerio a otro, para hacer ver que hace algo; y también en estudiar los problemas, ya que todavía no se ha enterado de nada. Seguirá estudiando, que parece muy bien, pero nunca hará nada. Y en 1902 comprueba: Sagasta sigue en el poder. Ha engañado al país al no hacer la revolución. Persisten las famosas tres excepciones españolas, cuya formulación primera se atribuye a Cánovas en 1875: la intolerancia religiosa, la esclavitud de los negros y la dinastía borbónica. La fórmula parece agotada, pero Sagasta no es capaz de darse cuenta.

Su “ajuste de cuentas” con los políticos del Desastre y del día después no es caprichoso: obedece a una profunda razón de tener que quitarlos de en medio, metafóricamente, para que el camino de su propia acción regeneradora quede expedito. Sagasta, Silvela, también Maura. Ya hemos hablado de él. Costa se opone a sus planes de construcción de una armada renovada, porque lo que era válido en 1883 ya no

---

<sup>56</sup> Francisco SILVELA: “Sin pulso”, *El Tiempo*, Madrid, 16 agosto 1898, recogido por Félix DE LLANOS Y TORRIGLIA (ed.), en Francisco SILVELA: *Artículos, discursos, conferencias y cartas*, 3 vols., Madrid, Mateu, 1922-1923, II, pp. 493-498.

<sup>57</sup> “Economía de Guerra, según Silvela”, artículo en *El Liberal*, 5 marzo 1892, fragmento ms. Probablemente el apunte es de Costa, pero el desarrollo no, pues aparece citado el año 1928.

<sup>58</sup> Cf. “De Burdeos a San Sebastián. Testamento político de Silvela”, entrevista publicada en *Heraldo de Madrid* el 19 de septiembre de 1903 [firma Luis Morote], en Francisco SILVELA, *op. cit.*, III, pp. 239-256.

lo es en 1907. Pero hay más, le cree mero agente de la política antinacional borbónica, no solo lo encuentra en 1909 sin *brújula* y sin *carácter* sino que además le faltan condiciones morales para gobernar: es demasiado impulsivo y está poseído de un repulsivo *narcisismo* (la rima interna impulsivo/repulsivo es del propio Costa). Solo gracias a Maura ha podido sobrevivir el alfonsismo, con lo cual el mallorquín ha tenido que “sacrificarse”, y seguir gobernando. Llegará a decir Costa, en relación con el proceso sumarisimo a Francisco Ferrer Guardia, que el fusilado debiera haber sido Maura y no su víctima.

Todo esto puede ser formulado porque Costa tiene un programa, que no excluye, sin embargo, un enorme caudal de dudas íntimas. Hay entre los papeles de Costa un breve texto titulado *Lo que hay que hacer*, que empieza con la pregunta “¿Qué hace falta?”. Es un texto que habrá que fechar hacia 1900 ó 1901, porque entre las medidas que propone está la de aplazar la mayoría de edad de Alfonso XIII y da otros datos que convienen con esas fechas. La pregunta, acaso por mera coincidencia, hace pensar en el *¿Qué hacer?* (primera edición en ruso, 1863) de Nikolai Gavrilovich Chernyshevski, el revolucionario al que se considera de importancia decisiva en la evolución del populismo ruso.<sup>59</sup> De este *¿Qué hacer?* se deriva otro, el de Lenin en 1902, meditación precisamente sobre la necesidad de articular el partido de la revolución.<sup>60</sup> Entre Costa y los dos autores rusos no hay más coincidencia temática que la situación ante la revolución, que se estima necesaria (con Chernyshevsky), ante el partido, que se considera también necesario (con Lenin).<sup>61</sup> Y sin embargo la simple confrontación de Costa con ellos debiera hacernos pensar que estamos ante unos póricos españoles del socialismo, diferentes del que nos es más habitual.

Costa tiene un programa que nos sorprende por lo claro y sencillo. En 1868 piensa que el gobierno representativo es el mejor pero, como ya se ha dicho, con frecuencia las pasiones y las ambiciones de los hombres lo convierten en un mero espantajo de ceremonias. Este es el problema. Unos años después, en 1883, frente a los que enarbolando lo que podemos llamar pensamientos enfáticos piden que se

---

<sup>59</sup> Cf. N. G. CHERNYSHEVSKI: *¿Qué hacer?*, trad. de Iármila REZNICKOVA y Gabriel GUIJARRO DÍAZ, Madrid, Júcar, 1984. Cf. Franco VENTURI: *El populismo ruso*, versión castellana de Esther BENÍTEZ, 2 vols., Madrid, Revista de Occidente, 1975, I, pp. 275-352. Y la introducción “Il ‘fare’ di Chernisevskij” de Ignazio AMBROGIO, a su edición de *Che fare?*, 2 vols., Roma, Editori Riuniti, 1977, I, pp. 7-49.

<sup>60</sup> Cf. LÉNINE: *Que faire?*, présenté et anoté par Jean-Jacques MARIE, Paris, Éd. du Seuil, 1966, en donde Chernyshevski se transcribe por Tchernychevski. En español puede verse en V. I. LENIN: *Obras escogidas en doce tomos*, t. II, 1902-1905, Moscú, Progreso, 1975, pp. 1-189.

<sup>61</sup> No creo que Costa haya ni siquiera conocido sus nombres. Costa tuvo alguna idea del movimiento decembrista, 1825, del que cita a Pestel y a Ryley, y barruntaba algo del populismo, aunque probablemente no conocía el concepto. Cf. mi trabajo “Joaquín Costa y la Historia nacional”, en *El legado de Costa*, Zaragoza, Ministerio de Cultura, Subdirección General de Archivos – Diputación General de Aragón, Departamento de Cultura y Educación, 1984, p. 81.

reconozca a España como potencia de primer orden, Costa contesta que es mejor política seguir el camino del trabajo y del buen gobierno. Insistirá en esto varias veces con posterioridad: lo que hay que hacer es ponerse a trabajar, todos, y sin alharacas, en silencio (curiosamente cita a Carlyle en 1903).

Ponerse a trabajar para hacer algo, sin violencias pero sin desfallecimientos, sin arrebatos históricos pero sin transacciones. El programa de la revolución consiste en la libertad y en la independencia nacional, que hasta ahora no existen en España: la masa neutra del país debe dejar de serlo, para crear una patria, una nación sobre las ruinas de la fenecida. No hay que pensar en la dictadura sino en gobernantes que gobiernen. La cuestión verdadera no es la de Marruecos, dice en 1900, sino la necesaria y profunda transformación interna. Esta será la obra de la república: hacer los hombres y poner los medios para el progreso. Trabajo material, trabajo intelectual. El único camino pasa por la escuela, por la alimentación de toda la población, por la prolongación de la vida media, por el progreso de la higiene. *Escuela y despensa*, el lema que se hizo tan famoso pero que va mucho más allá de una mera enunciación, ya que no quiere de ninguna manera que la política se convierta en retórica o en tratamiento platónico de los problemas. En 1905 cree que el gran problema, desde el punto de vista educativo, es el de la fundación de colegios, para mandar estudiantes al extranjero, que así se volverán europeos. Es lo que se va a hacer dos años después, con la creación de la Junta para Ampliación de Estudios,<sup>62</sup> y es lo que ya se había hecho en el siglo XVIII, al calor de las ideas ilustradas. Dos guerras brutales interrumpieron la experiencia en ambas ocasiones: las de 1936 y 1808.

La revolución anunciada y proyectada por Costa ya la conocemos, es la revolución desde arriba, trabajar para el pueblo, al mismo tiempo que se señalan las culpas de quienes a lo largo de todo el siglo XIX dejaron al pueblo abandonado y solo. A comienzos del XX esta revolución va cobrando cada vez más aires de Revolución Francesa, aires de 1789 y de 1793. Costa había mostrado doctrinalmente sus discrepancias, y aun su incompreensión, por la Revolución Francesa tal como se manifestó históricamente, a la que calificaba de abstracta, lo mismo que a las teorías de Kant y de Rousseau.<sup>63</sup> También respecto del socialismo había manifestado su animadversión.<sup>64</sup> Pero la experiencia, sobre todo después de la catástrofe de 1898, y también después de *Colectivismo agrario*, le lleva a cambiar sus ideas en profundidad, acaso sin salir nunca de un tremendo conflicto interno. “¡Constituyámonos en convención!”

---

<sup>62</sup> Cf. Alberto JIMÉNEZ (FRAUD): *Ocaso y Restauración. Ensayo sobre la Universidad Española Moderna*, El Colegio de México, 1948, pp. 180-186. JOSÉ CASTILLEJO: *Guerra de ideas en España. Filosofía, Política y Educación*, “Prólogo” de Julio CARO BAROJA, “Introducción” de sir Michael E. SADLER, traducción de Magdalena DE FERDINANDY, Madrid, Revista de Occidente, 1976.

<sup>63</sup> Cf. mi libro sobre Costa citado anteriormente, pp. 45-51.

<sup>64</sup> Cf. *op. cit.* en la nota anterior, pp. 36-37.

titula un artículo en 1901 frente a la catástrofe, revolución a la francesa, pero aun así con ciertas cortapisas: “Hemos preferido y seguimos prefiriendo los procedimientos conservadores: no queremos chocar violentamente con los intereses creados; pero si se empeñan, saltaremos por encima de ellos; si es fatal que hayamos de constituirnos en convención, nos constituiremos en convención”.<sup>65</sup> Poco después celebra el “¿Año ‘Nuevo’?” con una terrible y eficaz pintura de la situación político-social de España, y a los logreros que se benefician de la misma los califica como “carne madura para un 93”. Si España hubiese pasado por un 93, añade, no estaríamos como estamos.

Estas ideas fueron calificadas por el periódico *El Imparcial* de Madrid como “invitación al degüello”. Costa tuvo que salir con una “Interpretación auténtica”, 1903, en la que decía que lo suyo no era una invitación al degüello, no quería la materialidad de la tragedia sino su espíritu. Una vez más, lo mismo que en Kant, como ya se ha dicho antes, la revolución, toda la revolución, pero deteniéndose ante el fantasma de su materialidad. Su ilusión es movilizar a la llamada masa neutra, es decir, la que ha permanecido al margen de toda política, por indiferencia o porque considera que solo trae disgustos. El término es usado también por otros estudiosos del arte de gobernar, como por ejemplo Gumersindo de Azcárate, pero es Costa el que le da una relevancia inusitada. Calcula en 1902 que en España hay dos millones de monárquicos, otros dos millones de republicanos y unos dieciséis o diecisiete millones de neutros. Ignoro de dónde sale semejante estadística, pero lo que está claro es que, de ser cierta, si logramos comunicar nuestro entusiasmo a los neutros, la revolución estará hecha. A ello se dedica Costa con toda su enorme capacidad de energía.

El año 1903 es tremendo en la enunciación y en la categoría del pensamiento revolucionario de Costa. Porque la verdad, dice, es que los españoles siguen siendo esclavos dentro de sí mismos. Urge por ello legislar *Para la blusa y el calzón corto* (imagen que le gusta repetir), pero no cree que el partido que lleve a cabo la reforma sea exclusivo de estas clases (ya volveré sobre esto). Los tiempos están maduros para que al pueblo le haya tocado su turno. Es un Costa profundamente democrata el que habla y escribe. Las clases superiores deben trabajar para el pueblo, al mismo tiempo que deben sentir vergüenza de no haberlo hecho hasta ahora. Y todo es urgente, otra palabra que emplea mucho en estos años, acaso porque una política de verdad no se piensa para las calendas griegas. El statu quo lo que hace es matar al espíritu y, por tanto, consecuencia política inmediata, la monarquía debe desaparecer para que la república pueda hacer su obra. En otra ocasión, siempre dentro de 1903, evoca el hambre y la miseria de España, y se pregunta cómo no ha producido ya una revolución asoladora. En carta a Pedro Gómez Chaix insiste en su idea de

---

<sup>65</sup> El párrafo transcrito está ya en “Quiénes deben gobernar después de la catástrofe”, conferencia del 3 de enero de 1900, recogida en *Reconstitución y europeización de España*, Madrid, 1900, p. 289.

revolución desde el poder, pero empieza a pensar que no basta, que esa obra pide una revolución previa desde la calle.

Todo este sistema de ideas halla su profundidad en la historia. En *El pueblo y la propiedad territorial (Ideas revolucionarias de antiguos gubernamentales)*, texto de 1904, parte Costa de la cuestión de los señoríos en las Cortes de Cádiz, sigue a través de la sucesión de las desamortizaciones, de las propuestas de Flórez Estrada y también de las críticas tardías de Andrés Borrego, en 1856 y 1890, tan llenas del temor social que la expropiación del pueblo ha producido, y llega a la conclusión, a la fórmula salvadora de “desandar lo andado” a lo largo de noventa años, para lo cual el legislador que se lo proponga no tendrá que inventar nada sino recurrir a la elaboración doctrinal que en esos mismos noventa años se fue engendrando en España. A pesar de todo, hay cierto optimismo en esta postura, ya que el pueblo no está solo sino que cuenta con una muy importante elaboración teórica. Ahora lo que falta es encontrar al legislador atrevido y darle su oportunidad. El programa de la revolución se llama también solidaridad humana.

La tristeza le invade, pero en el discurso del teatro Pignatelli de Zaragoza 13 de febrero de 1906, quisiera unir su tristeza patriótica con las de sus oyentes para avivarlas todas y convertirlas en “dinamita moral”, imagen, una vez más, de la revolución. Al día siguiente del Desastre los partidos dinásticos hablaron de hacer una revolución desde el poder, y los partidos populares anunciaron que la iban a hacer desde la calle; pero todo fue viento y retórica. La revolución no ha subido de la calle ni ha bajado del gobierno pero, anuncia Costa, está viniendo de fuera. No desarrolla entonces este punto sino que insiste en la responsabilidad política de la Restauración, de sus hombres más representativos y del conjunto de las clases directoras.

El problema de la revolución le sigue atosigando, hoy como ayer. Trata de solucionarlo, por una parte, mediante la afirmación práctica, la denuncia de la servidumbre feudal de ayer y del feudalismo oligárquico de hoy, la denuncia de la miseria y de la enfermedad como fuente de esclavitud y delito, la invitación a las gentes para que se junten y actúen, la acción en favor de los obreros, en la lucha entre el capital y el trabajo —ya en 1903— porque es de justicia y porque en esos mismos obreros ve una guerra civil incipiente. Y, por otra parte, Costa se documenta ampliamente sobre los grandes cambios revolucionarios ocurridos en la Historia y cómo se manifestaron. No se ha hecho ni creo que pueda hacerse todavía una historia de las lecturas de Costa, pero lo que sí sabemos es que era un voraz lector. Se documentó ampliamente sobre la Revolución Francesa,<sup>66</sup> entre sus papeles se encuentran resúmenes de obras de Tocqueville y de Hegel, por ejemplo, que no son artículos para publicar sino trabajos para su propia intelección; y también pequeñas observaciones, notas que iba

---

<sup>66</sup> Remito a la serie de autores recogidos en mi “Introducción” a Joaquín COSTA: *Historia crítica de la revolución española*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1992, pp. 17-34.



tomando para hacerse idea de las cosas, tampoco para publicar, sobre Rousseau, Robespierre, madame Roland, Brissot; y también de autores españoles, como Donoso Cortés, o sobre España, como el famoso lord Holland. Tanta lectura, por supuesto inteligente, dio a Costa un panorama de la cuestión en la que él mismo se insertaba por propia voluntad. Pero, a pesar de todo, no le resolvió su problema vital. Los ejemplos del pasado podían orientarle sobre problemas concretos y abrirle los ojos sobre la necesidad de una revolución, de la que las anteojeras de la educación recibida le habían alejado en un principio, pero no podían darle la vida ya resuelta.

Lo mismo habría que decir del socialismo, de cuyas escuelas había discrepado en sus primeros libros tanto como de la propia Revolución Francesa.<sup>67</sup> Pero en una conferencia sobre su admirado, y admirable, Joaquín María Sanromá, en la que hay alusiones al *Colectivismo agrario*, encuentra que uno de los pontífices —así los llama— del moderno colectivismo, Julio Guesde, condena a la Revolución Francesa en cuanto había suprimido el despotismo de las antiguas corporaciones. Aunque no llega a decirlo la idea le gusta. Falta evidentemente mucha elaboración crítica, pero de aquí arranca a no dudarlo una aproximación en paralelo al socialismo del día, él que iba a crear una especie de lo que pensando en Andalucía se llamó socialismo indígena español, que equiparaba república con socialismo, entendido sobre todo como respuesta a la Desamortización.<sup>68</sup> Probablemente en ese mismo texto la alusión a la supresión del salario procede de Guesde, recogido al parecer por Sanromá o de Lassalle.<sup>69</sup> Desde cierto punto de vista ese texto es un desafío a todos los pensadores socialistas anteriores, porque él, Costa, sin necesidad de basarse en sus libros, está descubriendo el auténtico socialismo español. Casi toda España es socialista en su meollo interno. De todos modos, no tiene nada de extraordinario esa cita cuando sabemos que el guesdismo formó una “ideología implícita” en los orígenes del socialismo español.<sup>70</sup>

En “Los trabajadores y el progreso”, fragmento publicado en 1912 sin indicación de la fecha de redacción, Costa repite respecto de los trabajadores la famosa cuestión de Rousseau: “¿Qué beneficios ha traído el progreso a esa clase llamada trabajadora?”. Y cual otra Flora Tristán comprueba que hoy el pueblo, identificado con la clase trabajadora, es más esclavo que el clásico esclavo negro de las Américas o de los tiempos feu-

---

<sup>67</sup> Cf. Alberto GIL NOVALES: *Derecho y revolución...*, *op. cit.*, pp. 36-37.

<sup>68</sup> Cf. las cartas del militar oscense, que firma Pepe, Sevilla, 8 de febrero de 1869, y Algeciras, 17 de octubre de 1869, dirigidas a Antonio Torres Solanot, en mi libro *La Revolución de 1868 en el Alto Aragón*, Zaragoza, Guara, 1980, pp. 95-96.

<sup>69</sup> Cf. Claude WILLARD: *Les guesdistes: le mouvement socialiste en France (1893-1905)*, Paris, Éditions Sociales, 1965.

<sup>70</sup> Cf. Michel RALLE: “Un modèle en cache-t-il un autre? À propos de l'influence du ‘guesdisme’ dans le socialisme espagnol”, en Daniel MINARY (ed.): *Émancipation, Réforme, Révolution. Hommage à Marita Gilli*, Paris, Presses Universitaires Franc-Comtoises, 2000, pp. 507-518.

dales.<sup>71</sup> La sociedad ha progresado en libertad, riqueza e industria, pero se ha olvidado de los verdaderos principios económicos; por ello condena al economista Say, un divulgador en definitiva de Adam Smith, y también a Proudhon, Blanc, Fourier y Owen, culpables de haber arrullado al pueblo con sus proyectos absurdos de regenerar la sociedad. No es un marxista el que habla, es un hombre que cree haber hallado la manera de lograr esa misma regeneración de la sociedad, por lo menos la española, sin arrullos deletéreos. El concepto de masa neutra, que no desaparece, va viendo poco a poco su espacio ocupado por los campesinos; estos desde siempre, pero sobre todo por los obreros, por la clase trabajadora y por los comerciantes, también trabajadores. Costa acaso empieza a pensar en términos de clase, aunque carece de un esquema decididamente clasista. Hasta el final combate para que los de arriba sacudan su egoísmo y acudan a salvar a los de abajo, la inmensa mayoría.

Pero la tristeza le invade. Pensando en el partido republicano, su partido, ese mismo año de la “dinamita moral”, escribe: “Desde hace tres siglos, el español es una mano-muerta que nadie, ni él mismo, se ha cuidado de desamortizar” (en *Glosocracia*). Costa había pensado en organizar un partido que sirviese de ariete para la revolución. Encuentra un buen modelo de lo que quiere hacer en *El partido aragonés*, 1894, aunque tiene miedo, ya entonces, de que el conde de Aranda haya sido el último aragonés: tras él sobrevivió el nombre, pero no la raza. No obstante todavía espera que, a su conjuro, España pueda resucitar. Luego piensa en la Unión Nacional, 1900, pero pronto se percata de que esta formación no será un partido, sino una insuficiente liga.<sup>72</sup> Hay notas manuscritas de Costa, muy breves y dispersas, y un proyecto de manifiesto en donde explica la seriedad de lo que entiende por partido y cómo lleva años prediciendo los desastres, especie de Casandra a la que nadie atendió. Por un momento parece que su partido va a ser el republicano. Algo hemos dicho ya de él en estas páginas. Muy pronto también este partido se le desencuaderna, se le atomiza en disidencias, pactos y complicidades. Costa no puede aunar las voluntades, no puede aliarse con los monárquicos, con los sepultureros de la Revolución de 1868, no puede entenderse con Paraíso, o Paraíso<sup>73</sup> con él, ni pactar con Montero Ríos o con Canalejas. Costa es sobre todo conciencia, pero el partido se le ha vuelto doctrinario y oportunista, no quiere la república, solo quiere jugar a la política o, lo que es lo mismo, jugar con las palabras. Puro nominalismo.

<sup>71</sup> Cf. Flora TRISTÁN: *Promenades dans Londres ou L'aristocratie et les prolétaires anglais* [1840], édition établie et commentée par François BÉDARIDA, Paris, François Maspéro, 1978, pp. 111-120.

<sup>72</sup> Cf. COSTA: “O Liga o Partido”, en *Reconstitución y europeización de España*, op. cit. Y George J. G. CHEYNE: “La Unión Nacional: sus orígenes y fracaso”, *Actas del Segundo Congreso Internacional de Hispanistas*, Nimega, Universidad de Nimega, 1967, pp. 254-263. Recogido en G. J. G. CHEYNE: *Ensayos sobre Joaquín Costa y su época*, Huesca, Fundación Joaquín Costa (IEA), 1992, pp. 51-62.

<sup>73</sup> Cf. José GARCÍA LASAOSA: *Basilio Paraíso, industrial y político aragonés de la Restauración*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1984, pp. 137-178.

A Costa no le queda, suprema emoción, más que retirarse de la vida pública (el anuncio lo hace en 1906).<sup>74</sup>

Costa, el hombre del látigo al decir de Rafael Altamira, era una persona bondadosa que, para descanso de sus grandes trabajos, gustaba de leer novelas de Julio Verne.<sup>75</sup> No hay contradicción en esto, pero acaso sí la hay en su perpetuo querer llegar como Sísifo hasta la cima y no lograrlo jamás. Podríamos pensar de él que reúne los rasgos típicos del jacobino, es decir, la intensa dedicación a la *res publica* en pos de un liberalismo que realizase la igualdad relativa de las riquezas ciudadanas.<sup>76</sup> Como no logró tener un partido que fuese el instrumento de su acción revolucionaria, acaso podríamos aplicarle aquella categoría de “jacobino sin pueblo” que un día se forjó sobre la figura del doctor José Gaspar Rodríguez de Francia.<sup>77</sup> Pero tampoco este ejemplo, aunque en su mera enunciación resulta sugestivo, puede ser llevado muy lejos. Hay puntos de contacto pero también circunstancias muy diferentes. El fracaso a lo Sísifo de Costa se debió a su alrededor, ciertamente, a que se le consideró utópico<sup>78</sup> y visionario, pero también y acaso más en sí mismo a que no logró romper, ni siquiera en los momentos supremos, con el viejo sueño de una revolución inmaterial. Esta es su grandeza y también su emoción. Pocas veces se ha dado, si alguna vez se ha dado, una situación semejante. Ante ella todos los adjetivos desfallecen y no queda más que su terrible ejemplaridad.

Creo que lo único que se le puede comparar es la actitud de Marat ante la contrarrevolución, en aquel año decisivo de 1793, vísperas de su muerte.<sup>79</sup> La posibilidad de la contrarrevolución plantea el problema de la Soberanía, quién la integra, porque puede ocurrir que el servidor de la Soberanía usurpe sus funciones y se pre-

---

<sup>74</sup> Escribe Alberto Aguilera y Arjona: “La inmensa mayoría de los diputados y senadores republicanos, lograda su personal aspiración a la ciudadanía de primera, sestean cómodamente hasta que de nuevo los galvaniza el temor al decreto de disolución” (Alberto AGUILERA Y ARJONA: *Salmerón*, Madrid, Francisco Beltrán, 1918, p. 47).

<sup>75</sup> Rafael ALTAMIRA: “Joaquín Costa (Aspecto general de su obra y singularmente en lo histórico)”, 1912, *Temas de Historia de España*, II, pp. 7-58.

<sup>76</sup> Cf. Jean-Pierre GROSS: “Le libéralisme égalitaire des Jacobins”, *Le Monde Diplomatique*, septiembre 1997, p. 29.

<sup>77</sup> “Jacobino para el pueblo, pero sin el pueblo”. Cf. Manfred KOSSOK: *Der Salz der Revolution - Jakobinismus in Lateinamerika. Versuch einer Positionsbestimmung* (1977), ahora en Manfred KOSSOK: *Ausgewählte Schriften*, II, hrsg. von Matthias Middell in Verbindung mit Wolfgang Küttler, Leipzig, Universitätsverlag, 2000, pp. 103-129 (p. 128).

<sup>78</sup> Cf. “La utopía social en el joven Costa”, prólogo de Eloy FERNÁNDEZ CLEMENTE a su edición de Joaquín COSTA: *Instituciones económicas para obreros. Las habitaciones de alquiler barato en la Exposición Universal de París en 1867*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1999.

<sup>79</sup> Sigo en este punto, resumo más bien, los admirables razonamientos de los editores de las (*Œuvres politiques* de MARAT (cf. nota 80).

sente como la Soberanía misma. La cuestión se pone en cómo lograr que el poder ejecutivo, cualquiera que sea su nombre, esté siempre a las órdenes de la Soberanía y no al revés. No hay texto ni constitución que sea garantía suficiente. Lo que hoy puede servir a la libertad mañana puede ser instrumento del despotismo. Marat deriva su pensamiento, que ya venía de Rousseau, directamente de Maquiavelo. No hay libertad del hombre sin separación de poderes, sin control de las finanzas, sin el armamento del pueblo, sin libertad de prensa, pero todo esto no reemplazará jamás al “movimiento de la libertad”, porque a todo se le puede dar la vuelta. Esta situación obliga a una vigilancia continua, a una denuncia también continua de todos los abusos, pero el problema no estriba solo en tomar medidas concretas para casos concretos sino en lograr que el propio hombre cambie, dejando de ser el producto de su historia pasada para abordar una tierra incógnita.<sup>80</sup> Igualmente Costa intentó hacer de la masa neutra un bastión de ciudadanos, lo que era imposible, y la tierra de arribada resultaba mucho más quimérica e inasible que en el caso maratiano.

No pretendo con lo que antecede el absurdo de hacer de Costa un Marat. Ni siquiera he encontrado su nombre en los papeles costianos. Solo me interesa comparar situaciones que ayuden a entender. La grandeza de Marat nos hace pensar un poco en la grandeza de Costa, aunque las distancias entre ambos sean infranqueables. Costa se retira de la vida pública en 1906, aunque no dejará de escribir y de aparecer su nombre por todo el país. Pero en 1908, cuando Maura pretende hacer aprobar por el Parlamento una ley antiterrorista que amenaza con hacer desaparecer las libertades, Costa no duda en acudir a Madrid el 22 de mayo de 1908 para informar en contra del proyecto. Unamuno, que también había sido invitado, se negó a presentarse, pero Costa, a pesar de sus dolencias y de sus terribles dificultades físicas, no lo dudó ni un momento. Dio su informe, que catapultó el proyecto de Maura. El hecho ha sido contado magníficamente por algunos escritores, a los que me remito.<sup>81</sup> Solo siento que aquel instante, de respiración contenida, resulte tan contemporáneo, pero es que a veces la historia se repite.

Costa estaba agotado. Miles de ciudadanos le aclamaban y entonces se dirigió a ellos, diciéndoles que con su presencia en la Puerta del Sol la habían convertido en urna viviente y habían proclamado la república —algo así como lo que aconteció el 14 de abril de 1931, según puede verse en algunas fotografías—. Madrid aparece ahora como una ciudad nueva, ya no es la medieval y carcomida sino la esperanzada

---

<sup>80</sup> Cf. Jean-Paul MARAT: *Œuvres politiques 1789-1793*, texte et guide de lecture préparés par Jacques DE COCK et Charlotte GOETZ, Bruxelles, Pôle Nord, 1989-1995, t. X, juin-juillet 1.793, pp. 1.979-2.022.

<sup>81</sup> Ricardo ROJAS: “Costa, el León de Graus en el Congreso”, en *Retablo español*, Buenos Aires, Losada, 1948, pp. 278-285. Rafael CALZADA: *Cincuenta años de América. Notas autobiográficas*, Buenos Aires, Librería y Casa Editora de Jesús Menéndez, 2 vols., 1926-1927, II, pp. 308-318.

creadora de futuro, respecto de la cual el orador exterioriza su agradecimiento. Costa añadió algo que afectaba a la vez a la multitud, al país y a sí mismo: la consecuencia de semejante votación en vivo era que había que “*tomar posesión* de aquella casa del reloj y de las casas grandes de la Corte donde se alojan ilegítimamente los Gobiernos”. Era la invitación a hacer la revolución desde la calle,<sup>82</sup> pero él no estaba para eso ni para nada: “Me faltan los pulmones y necesito descansar. Gracias, muchas gracias y adiós”.<sup>83</sup>

Antes de que pasasen tres años Costa era cadáver. Su vida estaba completa y su futuro entraba en esa inmaterialidad que tanto había amado y con la que tanto en su interior había debatido.

---

<sup>82</sup> Después de su muerte, la importancia revolucionaria de Costa ha sido moderadamente grande. No le han faltado nunca partidarios, pero su impronta se ha notado preferentemente en minorías intelectuales. Cf. mi artículo “Joaquín Costa: de la crisis finisecular al socialismo”, Barbastro, *Anales*, 1986, pp. 31-42. Y el excelente libro de José Domingo DUEÑAS LORENTE: *Costismo y anarquismo en las letras aragonesas. El grupo de Talión (Samblancat, Alaiz, Acín, Bel, Maurín)*, Zaragoza, Rolde de Estudios Aragoneses, 2000.

<sup>83</sup> Texto publicado por Cheyne.